

ración en toda la tierra. Estas observaciones que se hacia el santo sacerdote le confirmaban más y más en su designio de permanecer fiel á Dios, mofándose al mismo tiempo de la impotencia del demonio, despreciando sus artificios, y desconcertando sus maquinaciones con su infatigable paciencia. »

Viendo este enemigo declarado de los hombres que nada conseguía con sus malas artes, y que no podía quebrantar el ánimo del Santo, le llamó segunda vez al tribunal de los jueces, procurando fatigarle con diversos interrogatorios, y hacerle sucumbir al rigor de los tormentos que seguian á cada uno de ellos. Pero á cada pregunta que se le dirigia, no respondia el Santo más que con estas palabras: soy cristiano. — ? De qué pais sois? le preguntaban — Soy cristiano. — ¿ De qué profesión? — Soy cristiano — ¿ Cual es vuestra familia, quienes vuestros padres? — Soy cristiano. — Éstas eran las únicas armas de que se servía para librarse del demonio, para atacarle y para vencer. Aún cuando unía á las ciencias extranjeras la elocuencia de su pais, no quiso valerse de este recurso, pues sabia que en semejante combate no es la elocuencia la que dá la victoria, sino la fé, y que el medio más seguro para vencer no es saber hablar bién, sino saber amar. Así es que decia, que la sola palabra, cristiano, bastaba para poner en fuga á toda el infierno.

Creerán algunos que esta respuesta del santo mártir era poco adecuada á las preguntas que se le hacían; yo creo, por el contrario, que, si se examina detenidamente, se vé que no podia responder con más sabiduría y justicia. Efectivamente, el que dice, soy cristiano, dice su pais, su familia, sus padres, su profesión, todo, en una palabra, lo que es. ¿ Como así? Voy á explicarlo. Un cristiano no es, propiamente hablando, de ningún pais: no tiene patria sobre la tierra, pues es ciudadano de la Jerusalem celes-

tial, *la cual*, como dice san Pablo, *es nuestro madre*<sup>1</sup>. La vida de un cristiano no debe limitarse á un ejercicio puramente terreno, pues *nuestra morada*, dice el mismo Apóstol, *está en los cielos*<sup>2</sup>. Los cristianos no tienen otros patrios que los santos y los ciudadanos de la Jerusalem celestial, pues segun el mismo Doctor de las gentes, *no somos extranjeros ni advenedizos, sino que somos ciudadanos de los santos y domésticos de Dios*<sup>3</sup> ».

« Luciano, pues, respondió con la mayor propiedad á las preguntas que se le dirigieron: pues esta respuesta se extendia á todo lo que se le preguntaba: quién era, de que pais procedia, quiénes eran sus padres, cual la profesión que ejercía. Por último, esta palabra fué la postrera que pronunciaron sus labios; pues diciendo soy cristiano, espiró. »

« Fué degollado secretamente en la prisión por orden de Maximino, que, á causa del pueblo, no se atrevió á darle muerte públicamente. »

---

#### FLAVIANO Y DIODORO, MONJES O ASCETAS DE ALEJANDRIA, Y LA VENERABLE PUBLIA<sup>4</sup>.

Flaviano, que despues fué patriarca de Antioquia, y Diodoro, su discípulo y coadjutor en los trabajos apostólicos, profesaron en esta ciudad la vida monástica, y éste segundo juntamente con Cartero, formaron en ella al gran Doctor san Juan Crisóstomo.

<sup>1</sup> Galat. iv, 26.

<sup>2</sup> Philip. iii, 29.

<sup>3</sup> Ephes. iii, 19.

<sup>4</sup> San Juan Crisóstomo, Juliano el Apóstata, Facundo y Teodoreto.



Flaviano era natural de la misma Antioquía, y nació en el seno de una familia ilustre y opulenta. Tuvo la felicidad de ser educado en el santo temor del Señor, y las lecciones que recibió en sus primeros años le movieron á renunciar al siglo y á todos los placeres, con que su brillante posición le brindaba, para abrazar la vida religiosa ó ascética, cuyos ejercicios practicó con muy grande fervor. Así es que, como dice san Juan Crisóstomo, aún cuando nació en la abundancia, aprendió con el ayuno y otras austeridades á reprimir los movimientos de la concupiscencia y á combatirlos animosamente tan luego como aparecieron.

Diodoro era de la provincia de Cilicia, tal vez de Társis, que era la ciudad metropolitana, Juliano el Apóstata, que declama vivamente contra él en una carta dirigida al herejarca Fotino, nos dá á conocer su celo contra los errores del paganismo, de que este príncipe se hizo fautor hasta el delirio. Diodoro hizo sus estudios en Atenas aprovechando mucho en las ciencias y en la literatura. Pasó en seguida á Antioquía, y se unió á Flaviano para aprovecharse de sus lecciones y cooperar al bién de la Iglesia. Hizo profesión de la vida religiosa, y gobernó un monasterio. Las austeridades que practicó fueron tan grandes, que debilitaron considerablemente su salud, y le produjeron frecuentes enfermedades. Juliano las atribuye á venganza de sus dioses. « Por lo mismo, dice, que ha empleado insolentemente contra ellos el arte de hablar y de seducir, que aprendió en Atenas, para predicar los dogmas de los Pescadores (así llamaba á los Apóstoles), los dioses le vienen castigando desde hace mucho tiempo. Esto se demuestra evidentemente por el apocamiento de sus fuerzas, por la debilidad de su estómago, por la palidez de su rostro y por las arrugas de todo su cuerpo : todo lo cual no puede atribuirse más que á la cólera de los dioses que se vengan de su impiedad, y no á una filosofía de que pretende glo-

riarse á los ojos de aquellos á quienes ha seducido. »

Lo que este príncipe, cegado por las preocupaciones, atribuye á la venganza divina, no fué en Diodoro sino efecto de su vida penitente, y Juliano, apostrofándole de esta manera, no ha hecho más que transmitir su elogio á la posteridad.

También san Juan Crisóstomo elogia admirablemente en uno de sus discursos la mortificación de Diodoro, y despues de llamarle otro san Juan Bautista, le dá el título de mártir vivo, que conserva en un cuerpo agotado por las austeridades un espíritu y sentimientos angélicos. Pueden verse en el escritor eclesiástico Facundo los otros Padres que han hecho su elogio, tales como san Atanasio, san Epifanio, san Jerónimo y otros.

Como Dios habia querido que Flaviano y Diodoro fuesen el sostén de la Iglesia contra los arianos, de aquí el que sean más conocidos por el ministerio que ejercieron que por su vida ascética, y el que la historia no consigne otra cosa de su vida que lo que acabamos de decir acerca de sus austeridades. Expongamos, pues, algunos de sus trabajos en defensa de la divinidad de Jesucristo.

Habiendo elegido los arianos, bajo el emperador Constantio que los favorecia, á un hombre de su facción llamado Leoncio, á quién san Eustaquio, obispo de la misma ciudad, habia rehusado la entrada en el clero, y que despues del destierro de este Santo, encontró medios de subir al sacerdocio, quisieron servirse de él para fortificar su partido en esta iglesia. Leoncio, que era un espíritu artificioso, usó de disimulo para ocultar su heregía, á fin de no alejar de sí á los católicos que eran en gran número ; pero su conducta no podia ménos de descubrirle : pues no ordenaba ni empleaba á ningún católico, por virtuoso que fuese. Por el contrario, daba su confianza á los arianos, y los elevaba á las sagradas órdenes, por más que sus cos-



tumbres y errores los hiciesen indignos. El clero se encontró por este medio mas infestado que el pueblo ; pero Leoncio encontró en Flaviano y en Diodoro dos firmísimos defensores de la fé católica, á quienes jamás pudo doblegar, y que sostuvieron constantemente á los fieles en la verdadera fé y en la piedad, aún cuando para ello no tenían otro título que su nacimiento y su virtud. El celo por la gloria de Jesucristo les armó en este tiempo peligroso contra el error, y los católicos de Antioquia, no encontrando en el clero la doctrina que habian apendido de Eusebio, Flaviano y Diodoro, acordaron congregarse en las tumbas de los mártires, á donde acudian todas las noches para orar y cantar las alabanzas del Señor.

Hubiera deseado Leoncio impedirlo ; pero no se atrevió á emplear la fuerza, porque sabia que estos santos varones se hacian respetar y amar por sus virtudes. Así es que, usando de su disimulo ordinario, los invitó con astucia á que tuviesen sus asambleas y el oficio divino en la iglesia. Flaviano y Diodoro, que no ignoraban sus artificios, disimularon también y aceptaron ; pero tomaron la precaución de no comunicar con los arianos en sus oraciones, y cuando cantaban la *Doxologia* en lugar de decir, como los arianos. *Gloria al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo*, fórmula de que se servian sin dificultad los católicos ántes que la hubiese hecho sospechosa la herejía ariana, hacian decir á los católicos. *Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo*, que expresa mejor la consustancialidad de las Personas divinas, y que continua la Iglesia empleando en su oficio. Además Flaviano y Diodoro añadian á este versículo este otro que hemos conservado : *Como era en el principio, y ahora y por los siglos de los siglos* ; mientras que Leoncio y los suyos se contentaban con estas últimas palabras : *Por los siglos de los siglos*.

Preciso es hacer constar que ellos fueron los primeros

que introdujeron en Antioquia la laudable costumbre de cantar alternativamente en dos coros los salmos de David, uso que, extendido en todo el Oriente, fué introducido en el Occidente por san Ambrosio. Es verdad que Sócrates atribuye esta forma de cantar alternativamente en la iglesia de Antioquia á san Ignacio mártir ; pero ó bien este historiador no conocia suficientemente este hecho, y en este caso debe estarse al relato de Teodoreto que lo atribuye á Flaviano y Diodoro, ó bien, si es cierto que lo estableció san Ignacio, fué interrumpido su uso durante la época de las persecuciones, y renovado doscientos años despues por Flaviano y Diodoro.

Habiendo muerto Leoncio, le sucedió en la cátedra de Antioquia y en su odio á los católicos Eudoxio, no ménos entusiasta por los arianos ; pero al poco tiempo fué trasladado á Constantinopla, y los fieles comenzaron á respirar bajo el gobierno de Melecio ; pero desgraciadamente no duró mucho tiempo esta tranquilidad, pues apénas hubo tomado posesión de su silla dió á conocer sus sentimientos por la fé católica en un discurso que hizo en presencia del emperador, y fué enviado al destierro, del cual volvió en tiempo de Juliano el Apóstata, que al principio de su imperio, concedió libertad á todos los Obispos desterrados por Constancio. Pero al poco tiempo volvió á imponerle esta misma pena este emperador, y volvió segunda vez á su iglesia en la época de Joviano, buen católico, pero que ocupó pocos meses el trono. Por último, Valente que le sucedió en el imperio de Oriente, fué en un principio católico, como su hermano Valentiniano ; pero se dejó pervertir por su mujer, y bautizar por Eudoxio, quienes le exigieron bajo juramento que declarase la guerra á los católicos. Melecio no pudo ménos de experimentar las consecuencias de esta conducta ; pues habiendo venido este emperador á Antioquia, y no pudiendo atraerle



á su partido, le envió por tercera vez al destierro.

Flaviano y Diodoro no dejaron de velar por los católicos en su ausencia, como lo demuestran las palabras de Teodoreto » : Flaviano y Diodoro, dice, eran como dos rocas, contra las cuales se estrellaban las oleadas de esta tempestad : pues hallándose Melecio en un país muy retirado de su iglesia (en la Armenia, á donde habia sido desterrado) se encargaron de su rebaño estos santos varones, oponiendo su sabiduría y fortaleza contra los lobos, que pretendian devorarlo. Fueron arrojados de la montaña, como lo habian sido de la iglesia con otros sacerdotes católicos, y dieron el pasto de las divinas enseñanzas á los fieles cerca del río Oronte, que riega las murallas de Antioquía. No colgaban su land á las orillas de este río, como hicieran los judíos cantivos en Babilonia ; sino que alababan á su Criador y bienhechor en todos los lugares de su dominación. No permitiendo el enemigo que estos piadosos pastores, que defendian la divinidad de Jesucristo, le predicasen en este lugar, ni que reuniesen en él sus asambleas, se vieron obligados estos dos celosos eclesiásticos a reunir sus ovejas en otra parte para suministrarles el pasto espiritual con que alimentarse.

« El sabio y virtuoso Diodoro, cual río de purísimas aguas, ilustraba con su elocuencia á los católicos y confundía á los blasfemos, despreciando el esplendor á que la posición social de su familia le hacia acreedor, y sufriendo gozoso por la fé todo género de aflixiones, y Flaviano, que era muy virtuoso y de una familia no ménos ilustre, sostenia que no habia otra nobleza que igualase á la de la piedad, y siendo el capitán en la lid que sostenian, colocaba á Diodoro, que era un atleta muy ejercitado en esta clase de combates, allí donde convenia. Así es que Diodoro predicaba en las asambleas de la iglesia ; miéntras que Flaviano le suministraba á él y á los que predicaban las razones en

que habian de fundar su doctrina, y los parajes de la sagrada Escritura con que habian de confirmala. De esta manera ambos preparaban las armas contra las blasfemias de Ario ; pero Diodoro era el que las lanzaba, pulverizando con grande facilidad los argumentos de los herejes en las conferencias que tanto pública como privadamente sostenia con ellos, y demostrando que sus objeciones eran telas de araña ».

Dedúcese de estas palabras de Teodoreto, cuán grandes fueron los trabajos de estos dos generosos defensores de la divinidad de Jesucristo en aquellos tiempos deplorables, en que los arianos, envalentonados en Antioquía con la autoridad de los emperadores, separaban de sus iglesias á los católicos que permanecian firmes en la fé y adictos á la persona de Melecio, su obispo, obligándolos á que se reuniesen al pié de una montaña próxima á la ciudad. Pero como se enviaban soldados para prohibir que se congregasen en este lugar, lo hacian en las orillas del Oronte, ó en otros parajes ocultos, yendo siempre á su cabeza estos dos piadosos varones, que muy bien pudiéramos llamar capitanes del ejército del Señor. Añade en honor de Diodoro lo mismo que dice san Juan Crisóstomo de la perfecta renuncia de que hacia profesión : pues llevaba una vida verdaderamente apostólica, no poseyendo nada en particular, viviendo únicamente de lo que le proporcionaban sus compañeros para su sustento, y no ocupándose en otra cosa que en la oración y en la predicación de la divina palabra.

Todo lo demás relativo á la vida de estos dos célebres ascetas puede verse en la *Historia eclesiástica*, bastando sólomente hacer constar que el mérito de Diodoro y los servicios que habia prestado á la Iglesia le elevaron á la silla metropolitana de Társis. La elevación á esta dignidad fué obra de Melecio, que á su vez tuvo por sucesor á Flaviano en la cátedra de Antioquía.



No debemos omitir el elogio de una excelente abadesa que floreció hacia esta época en la misma ciudad, y que es conocida por una acción que demuestra su celo por la gloria de Jesucristo. Es la venerable Publia, de quién habla Teodoreto en los siguientes términos : « Había en Antioquía, durante la persecución de Juliano el Apóstata, una mujer de grande reputación, llamada Publia, que se hizo muy célebre por sus grandes empresas y por sus eminentes virtudes. Habiendo estado durante muy poco tiempo sujeta al yugo del matrimonio, fué muy dichosa en poder ofrecer á Dios un maravilloso fruto : pues Juán, que durante mucho tiempo ha sido arcipreste de Antioquía, y que muchas veces ha rehusado subir al trono apostólico de esta iglesia, para el que ha sido elegido en más de una ocasión, fué fruto de esta tierra bendita. Esta ilustre señora vivía en unión de muchas vírgenes cristianas, que hacían profesión de perseverar toda su vida en la virginidad, y se ocupaban continuamente en cantar las alabanzas del Señor, á quién adoramos como autor y redentor del universo. »

« Un día en que el emperador Juliano pasaba cerca del lugar en que se ocupaban en tan santo ejercicio, elevaron el tono de voz mucho más de lo acostumbrado, pues creían que debía tratarse con desprecio á esta furia infernal. Para ello escogieron los salmos más adecuados para expresar la impotencia de los ídolos, y cantaban con David : *Los simulacros de las naciones sos plata y oro, obras de las manos de los hombres.... Sean semejantes á ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos* <sup>1</sup>.

No podía oír Juliano este cántico divino sin llenarse de cólera : así es que otro día que pasaba por el mismo sitio, les mandó que callasen. Pero mujer generosa á quién no intimidaban las iras del tirano, inspiró nuevo vigor al

<sup>1</sup> Ps. CXIII.

canto, é hizo que entonasen estas palabras del mismo Profeta : *Levántese Dios, y sean disipados sus enemigos*. No pudo soportar el tirano tan palmaria condenación de sus necios errores, y así es que hizo comparecer á su presencia á la superiora de este coro de vírgenes, y sin respeto á su edad, ni consideración á sus blancos cabellos, ni veneración á sus virtudes, mandó á sus guardias que la abofeteasen con tanta crueldad, que sus manos quedaron ensangrentadas.

Pero esta virtuosa mujer recibió esta afrenta como el mayor de los honores, volvió á su casa, y no dejó de hacer guerra con sus cánticos espirituales á este emperador impío, de la misma manera que David se servía de ellos para apacignar al maligno espíritu que atormentaba á Saul.

---

#### SAN JUAN CRISOSTOMO EN EL DESIERTO <sup>1</sup>.

Hariamos una injusticia al estado monástico, si no hiciésemos mención de san Juán Crisóstomo, que le dió tanto esplendor ; pero como despues de haberlo profesado durante algunos años, le colocó Dios en las alturas del episcopado, para que, cual brillante candelabro, brillase en su Iglesia, hablaremos sólamente aquí, para ceñirnos á nuestro designio, de su renuncia del siglo, de sus escritos relativos á la vida monástica, y de la disciplina de los solitarios de Siria, de que hizo tan grandes elogios.

Este gran doctor de la Iglesia griega, llamado Crisóstomo á causa de su elocuencia, y no ménos célebre por las

<sup>1</sup> Baronio y Pacundo.